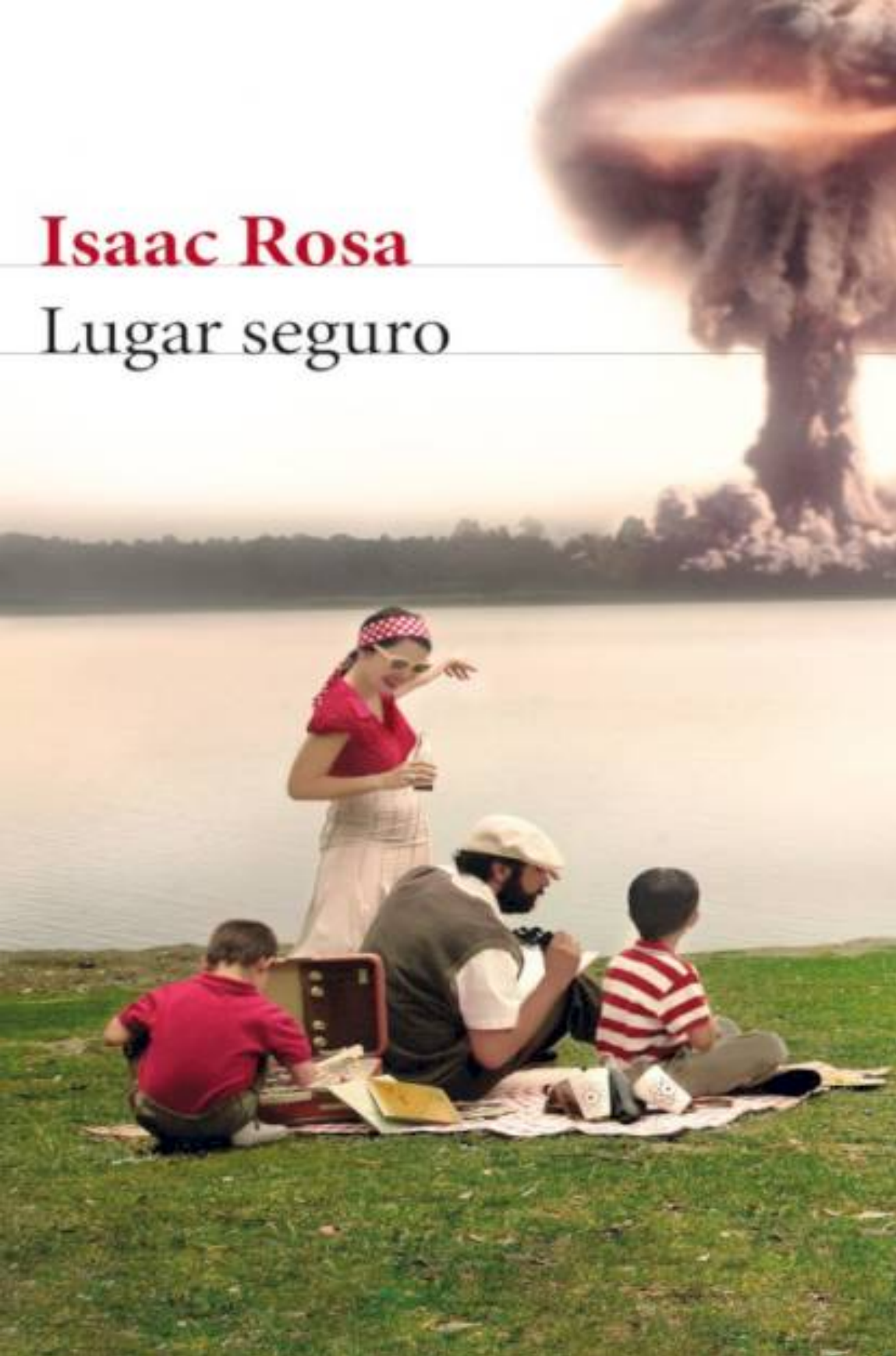


Isaac Rosa

Lugar seguro



Segismundo García es un comercial venido a menos que cree haber encontrado el negocio de su vida: la venta de búnkeres low-cost para las clases más humildes, una promesa de salvación para todos los bolsillos ante el temido colapso global. Pero Segismundo no está en su mejor momento personal ni económico y mantiene una relación problemática con su hijo y con su padre. Son tres generaciones de granujas obsesionados con el ascenso social, destinados a estrellarse una y otra vez.

Lugar seguro se desarrolla durante veinticuatro horas en las que acompañamos a Segismundo en sus visitas comerciales y en su particular búsqueda de un tesoro que podría resolver los problemas familiares. En su recorrido, confronta su visión pesimista y sarcástica con la de algunos colectivos que con sus acciones defienden que un mundo mejor es posible.

Índice de contenido

Cubierta

Lugar seguro

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

Dopo

Después

Agradecimientos

Sobre el autor

«Isaac Rosa hace un retrato genial de tres generaciones de granujas de una misma familia que se aprovechan de las grietas del sistema en su propio beneficio. Una novela que atrapa e incomoda y que refleja desde la ironía y la controversia el momento de incertidumbre de la sociedad actual».

Jurado del Premio Biblioteca Breve 2022

JUAN MANUEL GIL

PERE GIMFERRER

BENJAMÍN PRADO

ELENA RAMÍREZ

ANDREA STEFANONI

Para Elvira, Carmela y Olivia, el futuro

Desde aquí, en línea recta hacia el sudoeste, podría llegar a mi casa avanzando bajo tierra.

Eso le dije al tipo, asomados a su balcón, señalando por encima de los tejados en dirección al río. Se lo dije como argumento comercial, claro, pero al decirlo me imaginé que de verdad salía de aquel edificio por el sótano y cruzaba media ciudad bajo tierra: no de lugar seguro en lugar seguro, que ya sabes que no son tantos todavía, sino deslizándome por otros sótanos, garajes, túneles, alcantarillas, cuevas enladrilladas, pozos, arroyos entubados, restos arqueológicos por descubrir y estaciones de metro; en perfecta línea recta, atravesando sin esfuerzo muros, cimientos, cableado, tierra compactada y raíces gruesas como quien bucea a ciegas, braceando a ratos y dejándome llevar por una corriente subterránea y caliente, conteniendo la respiración hasta llegar a casa agotado. Agotado y feliz, porque aquel era un pensamiento bonito, tal vez el recuerdo de un sueño.

Desde aquí, en línea recta hacia el sudoeste, podría llegar a mi casa avanzando bajo tierra.

No sabía que ya hubiera tantos, me contestó el tipo, y en su voz levemente impresionada noté que le faltaba un último empujoncito, así que aproveché la intimidación del momento, los dos en el estrecho balcón, hombro con hombro, viendo la ciudad a la primera luz del día.

No lo sabe porque no es un dato público, le dije, y le conté lo de siempre: que la discreción es condición necesaria para que un lugar seguro sea de verdad seguro; que esto no es como poner en la fachada la pegatina disuasoria de una central de alarmas, sino todo lo contrario: nadie

debe saberlo. Na-di-e, repetí con severidad; esa es la primera recomendación que *hacemos* –me sale natural ese plural de gran compañía– a nuestros clientes: discreción, reserva absoluta.

Será por eso que no conozco a nadie que tenga uno en su casa, dijo, pero no había sorna sino convicción.

Lo mismo pensarán de usted, le susurré, a riesgo de pasarme en la puesta en escena: lo mismo pensarán de usted, porque tampoco se lo va a contar a nadie, ¿verdad?, insistí para asegurarme de que corriese a pregonarlo nada más despedirme.

Funcionó. Veinte minutos antes no quería ni oír hablar del tema, ni me dejaba entrar en su piso, arrepentido de haberse interesado por la oferta; pero tras la escena del balcón bajamos juntos al trastero.

Abrió la cancela, completamos el último tramo de escalera, y avanzamos por un pasillo con suelo de cemento, puertas a ambos lados, tuberías suspendidas y cucarachas moribundas. Fue llamando sonriente a las puertas de contrachapado, toc-toc, toc-toc, y dijo que había pensado preguntarme si alguno de sus vecinos tenía ya uno instalado, pero que saltaba a la vista que no, que allí no había más que trasteros. ¿Y qué te esperabas, capullo, un portón acorazado y un neón que diga: atención, atención, aquí hay un lugar seguro? No se lo dije así, claro. Le expliqué pacientemente que si contrataba uno para su familia –importante mencionar a la familia repetidas veces–, se lo revestiríamos exteriormente con una puerta barata como aquellas. Cuando sus vecinos bajasen al trastero para deshacerse de la bici estática, no notarían nada.

Liberó un candadito, empujó la puerta hinchada por la humedad y prendió una bombilla escasa. Cuatro de largo, metro y medio de ancho. Eché un vistazo a los bultos polvorientos. Señalé la bicicleta estática arrumbada, bromeamos. Me agaché a mirar los estantes bajos. Otro imbécil que leyó un artículo sobre cómo montar tu propia bodega

y ahora espera que el paso de los años haga milagros con sus vinos de supermercado. Acaricié una botella, leí en voz alta la etiqueta y expresé admiración. Saqué el metro para mostrarme activo, anoté medidas, observé con intensidad profesional las tuberías que cruzaban el trastero sobre nuestras cabezas, di un par de taconazos en el suelo.

Perfecto, le dije. Perfecto, dos adultos y dos niños, sin problema. Y todavía le quedará espacio para mantener su excelente bodega.

Para brindar por el fin del mundo, dijo el cachondo, disimulando lo poquito que le faltaba para firmar.

Le mostré una infografía del modelo básico, señalándole cada elemento sobre el espacio mugriento del trastero: litera de tres alturas, despensa, generador eléctrico, purificador de aire. De reojo confirmé su expresión satisfecha. Lo estaba viendo, ahora sí. Tiré de repertorio para terminar de convencerlo: le aseguré que le iba a contar algo en confianza, me asomé al pasillo antes de hablar. Bajé la voz: en este edificio ya hay uno. Y le lancé el hueso: si es capaz de acertar en qué trastero está, le hago un diez por ciento de descuento.

El tipo sonrió y movió la colita, salió al pasillo y fue golpeando con los nudillos cada puerta, pegando la oreja a la tabla, qué subnormal. Por supuesto no encontró nada, pero le hice el descuento.

El día empezó bien, ya ves.

El día empezó bien y siguió mejor: dos de dos. La segunda visita, a tres calles de allí, fue aún más fácil: un matrimonio anciano, más viejos que tú, asustadizos y desarmados frente a técnicas comerciales, y que al principio tomé por viuda solitaria, pues me abrió ella y me invitó a entrar a un salón atestado de fotografías familiares, la tele encendida en el programa matinal de sucesos, y un nivel de limpieza y orden propios de la viudez. Demasiado fácil, me dije, y no te lo creerás pero sentí un pellizco de incomodidad. Mi esquelética conciencia, que a veces araña un poquito la puerta para demostrar que sigue ahí. Entonces oí la voz del marido por el pasillo, y de verdad que me alegré de que no fuese todo tan rápido e irresistible como convencer a una anciana que vive sola y ve demasiada tele.

Falsa alarma. Nada más asomar el viejo por el salón le vi la mansedumbre en los ojos, ya he aprendido a reconocerlos a primera vista. ¿Qué vamos a comer?, preguntó, con ese tonillo infantil que reforzaba mi primera impresión, confirmada cuando al verme soltó: ¿este quién es, eh, este quién es? Así que la cosa se ponía aún más favorable: anciana sola, que ve demasiada tele, y con un niño de ochenta o noventa años a su cargo. Si no estuvieran las cosas tan mal, de verdad que me habría largado, no sin antes instruirla con algunos consejos para no morder anzuelos comerciales, y por supuesto la recomendación de no dejar entrar nunca en casa a ningún vendedor.

Decidí que si aquella mujer quería comprar no sería mérito mío, así que no me esforcé en presentarle *nuestros* productos, ni siquiera saqué el dossier de noticias recién-

tes. No podrán llamarme asustaviejas. Pero la mujer era pura demanda, y yo su oferta exacta, lo que ella necesitaba, o creía necesitar. Así que me limité a seguirla por el pasillo, o más bien a seguirlos: ella andando y él pegado a su espalda, entorpeciéndola, mientras repetía qué vamos a comer, eh, qué vamos a comer.

Vivían en un bajo, y la mujer, tras conseguir dejar al marido frente al televisor con una serie infantil, me condujo a un pequeño patio de luz al que tenía acceso desde su cocina. Miró hacia arriba con desconfianza, a las siete u ocho plantas de tendedores, y, solo cuando estuvo segura de que nadie nos veía, retiró unos cubos y dejó a la vista una trampilla en el suelo, que me pidió que levantara, ella no podía agacharse. Me entraron ganas de preguntarle para qué quería un lugar seguro en el que, llegado el momento, no podría meterse, incapaz de levantar aquella pesada trampilla o bajar los estrechos escalones, forcejeando nerviosa con su alterado niño viejo e inútil que chillaría y daría manotazos y se negaría a entrar. Me asomé desde arriba, no necesitaba bajar, todo el interior a la vista: un minúsculo cuadrado de cemento de apenas metro y medio de lado, podrido de humedad y donde yo no podría ponerme de pie, ni tampoco su marido, que era de mi estatura. Pero ya sabes cómo están las cosas para dejar pasar un contrato fácil, así que le dije que sí, que el módulo más pequeño encajaría bien. Total, dijo ella, para tener ese agujero ahí muerto de risa, mejor darle una utilidad. Seguramente nunca ocurrirá, pero imaginé a los dos ancianos ahí encerrados, acucillados en un banquito, incapaces de volver al exterior mientras se les agotan los suministros, ella calmándolo con su abrazo corto mientras él pregunta qué vamos a comer, eh, qué vamos a comer.

La mujer se fue al dormitorio a buscar el dinero para el primer pago, que insistió en hacerme en metálico, y me dejó a solas en el salón con su niño viejo. Me fijé en que le asomaba un tatuaje por el cuello de la camisa, uno de

esos tribales horteras de hace años, impropio de su atuendo planchado y repeinado, e impropio de aquel salón museo, pero, ay, todos tuvimos una juventud. Bonito tatuaje, le dije, y él me preguntó otra vez que quién era yo, eh, quién era yo. ¿No sabes quién soy?, le susurré. ¿No te acuerdas de mí?, tensé un poco más la cuerda, oía a la vieja trastear en el dormitorio. Me acerqué hasta acorralarlo contra el aparador, tumbó una foto con el codo, a punto de gritar o llorar o pegarme. Le miré a los ojos y vi temblar el miedo en su pupila, pero me pasó lo de siempre: dudé si lo que veía era el probable miedo de hombre perdido e indefenso, o el más improbable miedo a ser descubierto. Ya te lo conté, aunque no te acuerdes: en cada viejo de mente sospecho el fingimiento, la voluntad tramposa de quitarse de en medio, dejar de ser y entregarse a una vida mueble, sin más propósito que ser alimentado y peinado y tomado de la mano y perdonado y hablado con dulzura. Te juro que no hay día en que no te mire a los ojos y lo piense.

El tercero de la mañana ya se torció, y fue por tu culpa. Sí, por tu culpa, aunque a esa hora estuvieras todavía durmiendo. La visita había empezado bien, el tipo vivía en un adosado y las primeras señales apuntaban a una venta fácil: pegatina de central de alarmas en la fachada, barrotes en el piso superior y una cámara de videovigilancia falsa, una mala imitación, sobre la puerta principal. Esto va a ser rápido, me dije al tocar el timbre. La casa era más bien pequeña pero con una habitación en el sótano que usaban de gimnasio y antiguo cuarto de juegos de los niños ya crecidos. El hombre, de mi edad, insistía en culpar de aquella *ocurrencia* a su esposa, que no estaba presente para confirmar o desmentir la acusación. Su esposa era muy miedosa, su esposa siempre se encaprichaba de tonterías, su esposa era muy influenciable por las modas y los telediarios, su esposa era un poco envidiosa de unos primos que vivían en una urbanización y ya tenían uno, su esposa era muy cabezota y cuando se le metía una idea no había quien se la sacara, su esposa era muy pesimista respecto al devenir del mundo, su esposa veía demasiadas películas, su esposa nunca bajaba a esa habitación porque le daba asco y miedo desde que tuvieron una infestación de cucarachas de esas africanas, así que a ella no le importaba perder ese espacio, que en cualquier caso no lo perderían, simplemente le añadirían otro uso, él pensaba seguir utilizándolo de gimnasio, ya que su esposa no hacía deporte y además se burlaba de él por insistir en mantenerse en forma. Acabé por dudar no ya de que la decisión fuese en verdad de la esposa, sino de su propia existencia: pensé en un hombre abandonado que se empeña en

negar la realidad, y hasta se me pasó por la cabeza la idea de que la mujer estuviese emparedada en aquel sótano.

Le dejé una carpeta con toda la información y quedó en llamarme cuando concretara con su esposa qué modelo y equipamiento instalarían, porque por supuesto él no iba a decidir sin ella, pues a todo lo anterior había que añadir que su esposa era muy intransigente y había impuesto su gusto hasta en la última cortina de la casa. Qué ganas de salir de allí y perder de vista a aquel mal actor de comedia matrimonial. Pero entonces el tipo abrió la carpeta y se fijó en mi tarjeta, enganchada a la solapa con un clip. ¿Segismundo García?, preguntó señalándola, omitiendo el segundo apellido, lo que ya me puso en guardia. Respondí afirmativamente pero, en cuanto vi que el tipo pasaba a un tuteo hostil: ¿eres familia de Segismundo García, el de...?, no le di tiempo a terminar la pregunta: no, yo soy el único Segismundo en la familia. El tipo me miró a los ojos, tamborileando en la carpeta, en la tarjeta con mi nombre. Bajé la cabeza para evitar que se me fuese la mirada a su boca, no quería mirarle los dientes para no delatarme.

Me despidió con frialdad, le dije que esperarí­a su llamada y me cerró con un portazo que no dejaba lugar a mucha duda. Te diré lo que hizo nada más perderme de vista: buscó en Google, tecleó tu nombre, mi nombre, encontró sin mucho navegar esa foto tuya de hace diez años, inaugurando una clínica, en la que estamos mamá y yo a tu lado, y aunque el paso de los años podría hacerle dudar al identificarme, bastó la búsqueda, la sola duda removiendo el recuerdo, para hincharle una vena de mala hostia que horas después volcaría contra su mujer por la *ocurrencia*. En el mejor de los casos no me llamará más, su esposa y él coincidirán en que de ninguna manera van a contratar nada con un familiar de aquel hijo de la gran puta, y buscarán otra empresa aunque les salga más caro.